

## CAPITULO XXI.

Proyectos de muerte.

Era pocas horas despues de la escena de la capilla.

Duval se paseaba inquieto y á largos pasos por su cuarto.

Tan pronto se dejaba caer sobre una silla llevando la mano á la frente y fijando los ojos en el suelo, como se levantaba y recorria la estancia con una agitacion violenta.

La luz de un quinqué, colocado en una mesa rinconera, enviaba su claridad por todos los ángulos de la pieza, bañando el severo rostro del personaje que nos ocupa, en que estaban pintados el odio, el temor, la inquietud y la desesperacion.

Al cruzar la pieza de un extremo al otro, se detenia con frecuencia como dominado de un terrible pensamiento; arrugaba el entrecejo, exhalaba un gemido, apretaba los puños fuertemente, y levantaba los ojos al cielo en actitud de ira y desesperacion.

Parecia uno de esos hombres que enenagados en el vicio y los crímenes, luchan á sus solas con el remordimiento, tratando de arrojar de su corazon el noble sentimiento de la conciencia que, como acusador inexorable se les presenta á todas horas para acibarar sus inícuos placeres.

Habia encomendado al doctor, como hemos visto en otro capítulo, algun asunto de importancia que le comunicó en voz baja en la capilla, y que Willey salió ofreciendo desempeñarlo fielmente.

¿Y aquel asunto será acaso de muerte?

¿Habia mandado derramar la sangre de algun inocente, y la idea de un crimen cometido le inquietaba?

Pero no; no era el remordimiento, ese toque celestial que en alas de la fe viene á

echarnos en cara nuestro delitos y á señá-  
larnos nuestros deberes, el que agitaba en  
aquel instante su espíritu.

No disfrutaba ya la felicidad de recibir  
esos secretos consejos que le arrancan al  
hombre del abismo en que está próximo á  
despeñarse.

Su corazón connaturalizado con el crimen,  
había llegado á ese grado de indiferencia y  
de insensibilidad en que Dios deja á la cria-  
tura cuando despues de continuos avisos,  
se obstina en desoir los gritos de la con-  
ciencia que no es otra cosa que la voz de  
su Criador.

Eran su ambición, su temor de perder en  
un solo día lo que á fuerza de maldades  
había adquirido, quienes originaban su in-  
tranquilidad.

—¡Oh! ¡estoy perdido!—exclamó pegán-  
dose una palmada en la frente:—hay días  
fatales en que parecen citarse todos los ma-  
les para caer como terribles acreedores de  
la humanidad, sobre el que menos los te-  
mía! Ese maldecido mendigo que se ha in-  
terpuesto esta noche en mi camino para

destruir el enlace que ambicionaba con to-  
da mi alma.... esa irresolucion en D. Emi-  
lio aplazando mi felicidad para un tiempo  
indefinido.... y por último, lo que acabo  
de presenciar en casa de Flan.... ¡Oh! ¡sí;  
estoy perdido sin remedio! ¡Y este doctor  
que no viene! ¿Habrá dejado de ejecutar  
mis órdenes?

Y sacó el reloj para ver la hora.

Luego se aproximó á la puerta, aplicó el  
oído, y exclamó dando una patada en el  
suelo.

—¡No parece!

Y se puso á pasear de nuevo en la es-  
tancia.

De repente se oyeron los pasos de algu-  
no que se acercaba precipitadamente.

Duval se detuvo en medio de la pieza  
conteniendo la respiración para cerciorarse  
de la verdad.

Entonces percibió claramente la veloz  
marcha de alguien que llegaba; brilló en  
sus ojos la alegría; desarrugó el entrecejo,  
y volvió á dirigirse á la puerta cuando ésta  
se abrió, presentándose pálido, cubierto de

sudor, y agitado, el doctor, mostrando en el puño de su camisa algunas manchas de sangre.

—¿Ha muerto Leopoldo?

Preguntó con impaciencia Duval.

Willey se dejó caer en una silla sin poder responder por la extrema agitacion en que llegaba.

—Dígame vd., ¿ha muerto?

Volvió á preguntar Duval.

El doctor tomó un poco de aliento, y respondió.

—No.

—¿Vive!

Exclamó Duval rechinando los dientes y dejando ver en sus ojos la ira y la desesperacion.

—Sí; vive.

—¿No estaba donde yo le dije á vd?

—Sí estaba.

—¿Y no le esperó vd. á que saliera?

—Le esperé.

—¿En sitio bueno y acompañado?

—En un sitio oscuro y solitario de un callejon estrecho, de donde podia verlo sa-

lir de casa de Rafael, y acompañado de tres amigos míos, armados todos de espada y de puñal.

—¿Amigos leales?

—Tres de los que trabajan en nuestra oficina de moneda falsa.

—¿Extranjeros?

—Extranjeros.

—¿Los que acompañaron á vd. al rapto de Luz.

—Los mismos.

—Pues entonces, ¿cómo vive Leopoldo? ¿cómo no le han obligado vdes. á que vaya á dar á Dios cuenta de su alma?

—Porque....

—¿Ha tenido vd. miedo de matarle!

Dijo con acento de reconcentrada ira Duval.

—¿Miedo para matar...!—contestó Willey con sonrisa irónica:—¿Miedo yo para matar!

—Pues entonces....

—Es que no nos han dejado matarle.... es que á ese hombre le defiende el diablo bajo la forma de otro hombre.

—¿Otro?

—Sí; ese maldito mendigo que se presenta en todas partes como nuestra conciencia; que destruye todos nuestros planes, y contra quien no hay poder humano que le venza. El impidió se llevase á efecto el rapto de Clotilde la noche aquella en que hirió á vd. en el jardín; él, quien me insultó en el baile, y se libró de la muerte hiriéndome, como hoy, la mano, y haciéndome huir; él, quien al ir á alcanzar de Elisa mi ardiente deseo hace algunas noches, se apareció de repente impidiéndome realizar el bien que anhelaba; él, quien hoy se ha presentado con el cuaderno en la capilla para estorbar vuestro enlace; y él, en fin, el que hace un instante ha impedido la muerte de Leopoldo.

—¿Pero cómo ha sido eso?

—Lo ignoro. Solo sé, que cuando se acercó Leopoldo al sitio en que estábamos ocultos y se levantaron los brazos de los cuatro para herirle, nos vimos de repente acometidos por un hombre que se presentó allí sin que sepamos por donde; que dándome un tajo en la mano, me obligó á soltar el pu-

ñal, y que acuchillando á los cuatro con un ímpetu indecible, nos puso en precipitada fuga, sin darnos tiempo á volver de nuestra sorpresa.

—¡Oh fatalidad!

—Por fortuna ninguno de mis compañeras ha caído en poder de él, y hemos podido retirarnos antes de que al ruido acudiese la justicia, y pudiesen conocernos.

—¡Oh! todo se conjura hoy contra mí:— exclamó con acento desesperado Duval:— Sí, todo; y solo falta á este golpe el otro mas terrible que nos espera.

—¿Cómo!—dijo alarmado Willey:—¿hay algo que temer?

—Mucho: estamos á un paso de ser denunciados como monederos falsos.

—¿Será posible!

Exclamó el doctor poniéndose pálido como un difunto.

—Sí.

—Pero ¿cómo....? hable vd.

—Sabe vd. que esta mañana hice al señor Flan un pago de diez mil pesos.

—Sí; y se me olvidaba obsequiar á los conductores.

—Ese obsequio podrá quedar para otro día. Hoy lo que necesitamos para no perecer en un cadalso, es que deje de existir esta misma noche el señor Flan, que ha descubierto la mala ley de la moneda que le entregamos, que nos acusará sin duda ante el gobierno, y que éste, despues de confiscarnos los bienes, nos haga morir pública é ignominiosamente.

El doctor se puso pálido y tembló de horror: el temor hizo desaparecer el cansancio que poco antes le impedia moverse; y levantándose súbitamente, preguntó:

—Pero ¿está vd. cierto de que Flan conoce nuestro secreto?

—Segurísimo. Iba, despues de la desagradable escena de la capilla, á comunicarle un asunto, y penetré en su despacho sin que nadie advirtiese mi llegada: cuando entré, estaba de espaldas á mí, y no pudo advertir mi llegada: yo le iba á dirigir la palabra; pero me contuve al ver que, armado de un martillo y de un instrumento cortan-

te, se ocupaba en partir pesos que sacaba de las talegas que yo le habia enviado.

—¡Oh! ¡sucedió lo que yo temia!

Dijo Willey pálido y sobresaltado.

—¡Es una desgracia terrible!

—Sí; estamos perdidos.

—Solo hay un medio para evitar que hable.

—¿Cuál?

—¡Y vd. me lo pregunta?

—Su muerte: ¿no es así?

—Cierto.

—Su muerte esta misma noche durante su sueño, antes de que se comuniqué con ninguno.

—Seria la única manera de salvarnos.

—Y nos salvaremos.

—Despues de lo que acaba de suceder con Leopoldo, no abrigo esa confianza.

—Es que á Leopoldo se trataba de asesinarle en la calle, donde se va con el temor de ser sorprendido de la justicia, y con D. Felipe no hay este peligro.

—Es verdad.

—Si las combinaciones mejor dispuestas

vienen á tierra cuando hay que ejecutarlas en las calles públicas, no sucede lo mismo con aquellas que tienen lugar sin temor á que seamos sorprendidos. ¿No tiene vd. un ejemplo en el rapto de la hermosa Luz?

—Sí, sí, es cierto.

—Su muerte es, pues, indispensable, y yo me encargo de ejecutarla.

—¡Ah! es el único medio de salvarnos.

—No hay otro: si pasa esta noche, mañana estamos perdidos.

—Lo comprendo así.

—No hay, pues, que titubear.

—Pero ¿cómo penetrar hasta su alcoba sin ser visto?

—Me ocurre la manera de conseguirlo.

—¿Sí? ¿de qué manera?

—La casa contigua á la suya, es de vecindad; en ella hay cada ocho dias, baile de suscripcion, y hoy precisamente es uno de ellos.

—¿Y eso de qué puede servirnos para llevar á cabo nuestro objeto?

—Déjeme vd. acabar y lo sabrá vd.

—Escucho.

—He dicho que hay bailes de suscripcion, y que hoy se da uno. Comprando, pues, un billete, puedo asistir á ese baile; subir sin ser visto á la azotea cuando juzgue que es hora á propósito; pasar de ella á la de Flan, y descender á su habitacion que está retirada de los cuartos que ocupan los demas; poner término á su vida, y volver á entrar en el baile sin manifestar alteracion, y permanecer en él hasta el siguiente dia para no despertar sospechas.

—Pero ¿olvida vd. que la azotea del señor Flan está cuidada por un enorme perro de presa que con sus ladridos pondrá en movimiento á todos los criados?

—Tambien tengo previsto ese inconveniente, y la manera de vencerlo.

—¿Cómo?

—Muy fácilmente.

—Es un animal feroz.

—Le quitaremos su ferocidad antes de que pueda avisar con sus ladridos.

—¿De qué manera?

—¿Ignora vd. que soy médico?

—Pero....

—Arrojándole, sin presentarse á él para que no ladre, un pedazo de carne.

—¿Envenenada, no es esto?

—No; porque la justicia al ver muerto al perro, sospecharía que el asesino habia penetrado por la azotea.

—Es verdad.

—Y á nosotros nos conviene que las sospechas recaigan sobre otro.

—¿Sobre quién?

—Sobre Félix.

—Pero ¿cómo?

—La carne, en vez de envenenada, contendrá una exacta cantidad de narcótico; de manera que cuando se lleguen á practicar las diligencias y averiguaciones que en semejantes casos se usan, el perro haya vuelto de su profundo sueño.

—Comprendo.

—La justicia, no encontrando de esta manera rastro ninguno que la indique haber penetrado en la casa un hombre, recelará de los que en ella habitan, y yo haré de modo que las sospechas caigan sobre el dependiente.

—¿Pero de qué suerte?

—Ese es mi secreto.

—Bien.

—¿Le agrada á vd. mi plan?

—No puede ser mas feliz.

—Me alegro.

—Ahora solo falta que la ejecucion sea pronta.

—¡Oh! lo que es este golpe será seguro.

—Igual cosa me dijo vd. del dispuesto para Leopoldo, y sin embargo....

—Allí temia ser sorprendido: estaba á merced del primero que llegase á pasar por la calle: aquí, logrando penetrar en la casa, estoy á cubierto de las miradas de todos, dueño del campo, y libre para herir á toda mi satisfaccion.

—¡Oh! la confianza de vd. reanima la mia que empezaba á desaparecer.

—Estoy seguro del buen éxito.

—Bien; pero que sea antes de amanecer.

—Cuando todos los que habitan la casa duerman profundamente.

Dijo el doctor disponiéndose á salir.

—Nos va en ello la fortuna y la vida.

—Con la muerte dejaré aseguradas ambas cosas.

—Entre tanto yo veré á los conductores; hablaré con los dos socios que tienen que volver á nuestra clandestina fábrica, les diré que no acuñen mas moneda; que recojan cuanto existe en el laboratorio, y despues saldremos del país para vivir tranquilos.

—Es toda mi ambicion.

—Que se realizará muy pronto.

—Permanecer mas tiempo cuando nos cercan tantos peligros, seria una imprudencia que podria costarnos muy cara.

—Por lo mismo es preciso que lemos con seguridad este golpe.

—Repito que respondo del éxito.

—Bien; yo entre tanto iré, como he dicho, á dar las órdenes necesarias para que todo se recoja.

—Perfectamente:—dijo Willeyando la mano á Duval:—Ahora parto á desempeñar la empresa que se me ha encargado: hasta mañana.

—Adios. Una palabra nada mas.—Añadió Duval deteniendo al doctor.

—¿Cuál?

—Es preciso que mañana temprano, vaya vd. á visitar á Clotilde, porque la dejamos algo indispueta á resultas de la terrible escena de la capilla.

—Siempre esa mujer que nos ha de ser funesta!

—Es encargo que me hizo D. Emilio al despedirme de él: teme que las emociones hayan afectado su corazon, y desea que la vea un facultativo. ¿Permitiremos que éste sea D. Rafael, el amigo de D. Leopoldo, á quien sin duda llamarian si vd. faltase?

—De ninguna manera. ¿Y es de cuidado la indisposicion?

—No; pero puede servirnos para ganar tiempo, y ver como podemos apoderarnos del cuaderno y hacerlo desaparecer.

—¿No es mas acertado que nosotros desaparezcamos del país antes?

—Yo no puedo irme sin Clotilde.

—No olvide vd. que una pasion fué la

causa de que su hermano de vd. Francisco Picaluga muriese en un patíbulo.

—¡Silencio!—dijo Duval mirando con recelo hácia todas partes:—que no sepan que llevo ese apellido.

—No tenga vd. cuidado: respeto el pacto que hicimos al asociarnos.

—No hay que olvidarlo, pues; y marchad á disponer para que desaparezca de la lista de los vivientes ese D. Felipe que puede denunciarnos.

—Parto al momento: adios.

—Adios.

Y Willey desapareció, mientras Duval se quedó pensativo y receloso en medio de la pieza.

## CAPITULO XXII.

Una escena sangrienta.

—Tenia vd. razon, D. Félix:—decia paseándose por el almacen D. Felipe Flan la misma noche en que Duval y el doctor habian resuelto su muerte.—Duval es un monedero falso; un infame que ha enriquecido defraudando al público. Cien pesos he partido sacándolos de distintas talegas, y todos tienen el alma de cobre.

—Es preciso—dijo Félix—denunciar este escandaloso hecho á la justicia ahora mismo, para que sea aprehendido antes de que llegue á traslucir la menor cosa.

—No; porque eso seria condenarle á perecer en un cadalso; y aunque me ha enga-